

SAN JUAN DE LA CRUZ, CONFESOR Y DOCTOR DE LA IGLESIA

Día 14 de diciembre

P. JUAN CROISSET, S.J.

San Juan de la Cruz, conocido primero por el sobrenombre de Yepes, que era el de su familia, después por el de San Matías, que era el de su religión, y, en fin, por el de la Cruz, que hace su verdadero carácter, y con el que se le distingue, fue uno de los más sublimes maestros de la vida espiritual y de los más insignes ornamentos de la famosa reforma del Orden del Carmen; nació el año 1542 en Fontiveros, villa muy antigua de Castilla la Vieja, entre Ávila y Salamanca. Llamábanse sus padres Gonzalo de Yepes y Catalina Álvarez. Aunque su padre era caballero, llegó á verse tan pobre, que se vio obligado á ejercer el oficio de tejedor para poder mantener á su familia, que era muy numerosa, siendo Juan el menor de tres hijos varones. Todos tres eran muy niños cuando murió el padre; la madre quedó sola y sin más amparo que el de Dios, por cuya razón quedaron olvidados del mundo. La necesidad la obligó á avecindarse primero en Arévalo, y luego en Medina del Campo, villa muy crecida entonces y rica, en la cual, con el sudor de su rostro, crió la honesta viuda á sus tres pequeñuelos, inspirándoles temor de Dios y amor á la virtud. Desde luego mostró el niño Juan grande inclinación á todo lo bueno y honesto. En las flores de su modestia y de su humildad se traslucía el fruto que había de producir adelante. Deseaba la buena madre encaminarle por las letras; mas, viéndose alejada por la pobreza, no halló otro medio sino acomodarle en un colegio de niños que había en aquel pueblo, destinado

para educar niños de gente pobre. De esta casa salió Juan instruido en las primeras letras, dejando bien recompensada con su buen ejemplo la limosna que allí se le hizo. No le quedaban ya más medios que su virtud; era pobrecito y desamparado; mas sus bellas prendas, su gravedad y su natural afable y dócil le conquistaban el amor de todos. Contaba entonces unos trece años. Se aficionó de él, entre otros, Antonio Álvarez de Toledo, caballero piadoso que administraba el hospital general de la villa. Parecióle que allí podría Juan servir á los pobres y pasar adelante en sus estudios, y después, con una capellanía que él pensaba darle, ordenarse de sacerdote. Con licencia de su madre pasó al hospital; y la ocasión de servir á los enfermos fue para él estímulo de misericordia: asistíalos puntualmente con gozo; en cada uno de ellos veía retratado á Cristo. Con todas sus entrañas se compadecía del doliente postrado en una cama, cuyo único alivio y consuelo depende del que cuida de él; abrazábalos, los alentaba, hacíaales compañía; en viendo alguno caído y triste le animaba, inspirándole la santa alegría que sale de las entrañas de la paciencia. La particular devoción que tenía á la santísima Virgen le hizo creer que en el Orden de los Carmelitas hallaría un asilo donde asegurar su inocencia; y tratando estos deseos con personas de doctrina y piedad, por su consejo y con su recomendación fue á presentarse al convento de Santa Ana de Medina del Campo, donde fue recibido como un don del Cielo, y tomó el hábito de nuestra Señora del Carmen, con el nombre de Fr. Juan de San Matías, á los veintiún años de su edad.

Al año siguiente hizo su profesión en manos de Fr. Ángel de Salazar, provincial de Castilla. No se hartaba de dar gracias á Dios viéndose escogido del Señor para morar en su casa; este gozo iba acompañado de una ansia muy grande de adelantar cada día más, guardando con puntualidad, no la regla mitigada por Eugenio Pp. IV,

sino la primitiva, á la cual se determinó con licencia de su prelado, sin faltar en lo exterior al orden de la comunidad. Pidió por celda una covacha obscura y abandonada á la extremidad del dormitorio, destinada para guardar las escobas, en la que se vio precisado á hacer un pequeño agujero para darla luz y poder leer. Un madero excavado en forma de sepulcro le servía de cama; se hizo un cilicio de juncos marinos, cuyas agudas puntas le sacaban sangre al menor movimiento que hacía su cuerpo; juntaba á todo esto disciplinas muy frecuentes de sangre; y como, por otra parte, eran muy repetidos sus ayunos y muy corto su sueño, quitaba á su cuerpo los medios de reparar las fuerzas que sus maceraciones le hacían perder.

En el mismo año de su profesión le enviaron al colegio de Salamanca, para que en aquella escuela aprendiese la teología. En medio del estudio añadía nuevos rigores á su penitencia, buscaba mil modos extraordinarios de afligir su cuerpo, macerábale con tantas asperezas, que parece quería convertirlo en espíritu; la oración era su vida y su sustento.

Una virtud tan sobresaliente obligó á los superiores á hacerle recibir cuanto antes los sagrados órdenes; y sin dar oídos á los artificios de que se sirvió su humildad, apenas terminó la carrera de teología á los veinticinco años de su edad, le obligaron por obediencia á recibir el presbiterado. Vivía aún su madre. La gracia que recibió un alma tan pura fue abundante y sensible; y el nuevo sacerdote se preparó para la primera Misa con continuos sacrificios de sí mismo, aumentando las mortificaciones y fervores.

Los favores que recibió en la primera Misa que dijo en el convento de Medina del Campo, y la alta idea que concibió del sacerdocio, le hicieron desear una vida

todavía más retirada y más regular que la que se practicaba en la Orden de Carmelitas mitigados que se llaman de la Observancia.

Después de haber consultado mucho este negocio con Dios y con algunos religiosos de quien fiaba la dirección de su alma, se resolvió á pasar al de los Cartujos, donde se prometía hallar una soledad como la que buscaba, y un género de vida más austero que el que tenía.

En este tiempo tenia ya comenzada esta obra Santa Teresa de Jesús respecto de las monjas: fundado estaba ya en Ávila su primer convento, pero deseaba que se reformasen también los frailes. Cuando Fr. Juan estaba tomando sus medidas para entrar en la Cartuja, llegó Santa Teresa á Medina del Campo. En la visita que el maestro Fr. Pedro de Orozco hizo á la Santa, como ésta le preguntase por los frailes que aspiraban á mayor perfección en la Orden, le dijo que había un religioso de pocos años, pero de mucha virtud, fervoroso y de grande espíritu, muy dado á la oración y contemplación, y en la aspereza y rigor de la vida igual á la de los antiguos monjes. Tales cosas, en fin, le fue contando de Fr. Juan de la Cruz, que la sierva de Dios, llena de gozo, deseosa de verle, le rogó que cuanto antes se le enviase. Desde luego se le fijó la idea de que éste era el religioso que convenía para comenzar la reforma. Aquella noche rogó á nuestro Señor que se lo concediese para esto, y lo consiguió. Al otro día fue el siervo de Dios á visitar á Santa Teresa, y dióle cuenta de sus deseos de servir á Dios haciéndose cartujo. De esta confianza de nuestro Santo se aprovechó la discreta virgen para persuadirle que, sin salir de su vocación, procurase mejorar y reformar su vida en el estado en que Dios le había puesto. Y comunicóle el proyecto de la reformatión, según la cual los frailes del Carmen habían de guardar

exactamente su primera regla. Al mismo tiempo le encareció el bien que por su medio podía hacer nuestro Señor planteando la disciplina regular para que de otros fuese seguida, y también el gozo que en ello daría á la Madre de Dios, Patrona de su Orden. Enternecióse el siervo de Dios, dióse por vencido á estas razones, sintióse interiormente trocado, y, sin saber resistir á lo que la Santa le propuso, se ofreció á ello, rogándole no se difiriese la ejecución.

Mientras el Santo se preparaba para tan alta empresa con la interior reforma de su espíritu, Santa Teresa, que deseaba no se aplazase la ejecución de este gran proyecto, aceptó una miserable casa que para este fin le había dado D. Rafael Mejía Velázquez en un lugarejo suyo llamado Duruelo. Dispuso la Santa que fundasen este convento nuestro Santo y Fr. Antonio de Jesús, religioso de gran perfección. Mientras se lograba para esto la licencia de los prelados y la del obispo de Ávila, de cuya diócesis era aquel terreno, fueron los dos siervos de Dios á Valladolid, donde el P. Fr. Juan tomó el hábito de la reforma.

Obtenidas las licencias para la fundación, despidiéndose nuestro Santo de Santa Teresa y de sus hermanos con gran devoción, se fue á Duruelo con un albañil, á fin de componer la casa de que ya se ha hablado, y que fue el primer convento de la estrecha observancia. San Juan mantúvose en él algún tiempo solo, esperando los sujetos que la Santa debía enviar para ocuparle; allí, abandonándose al fervor, ejercitó con su cuerpo aquellas inocentes crueldades que hicieron decir á los seculares que el P. Juan no podía vivir sino por milagro. Luego que se hubieron juntado otros Padres carmelitas, los cuales se llamaron desde entonces los *carmelitas descalzos*, á San Juan, que había sido puesto por cabeza de ellos, pasaron toda la noche en oración;

por la mañana del día siguiente, que era á 28 de Noviembre y primer domingo de Adviento del año 1568, celebró solemnemente la Misa, hizo su profesión pública y recibió la de ellos, prometiendo todos á Dios, á la santísima Virgen su Madre y su Protectora perpetua, y al General del Carmen, su superior ordinario, observar literalmente la antigua y estrecha Regla de la Orden. Entonces fue cuando, dejando el sobrenombre de San Matías, tomó el de *Juan de la Cruz*, que, como se ha dicho, hacía su verdadero carácter, y éste fue el nacimiento de esta célebre congregación religiosa, aprobada inmediatamente por el Papa San Pío V y confirmada el año 1580 por Gregorio Pp. XIII, á la que se da el nombre de carmelitas descalzos, porque llevan los pies descalzos.

Viéndose San Juan de la Cruz superior inmediato del convento, aumentó sus pasadas austeridades. Sus mortificaciones eran tan grandes, que Santa Teresa se vio precisada á ordenar las moderase; que no prosiguiese en andar sin sandalias; arregló sus abstinencias y sus ayunos, y puso límites á sus demás austeridades. Este convento de Duruelo se trasladó al de Masuero el día 2 de Junio del año 1570.

El admirable amor de nuestro Santo á la cruz no podía ocultarse en ningún acto suyo, y meditando continuamente en ella fue como su alma adelantaba tanto en la perfección; porque el amor le hacía desear parecerse á su Redentor en lo crucificado con toda especie de humillaciones y penalidades.

San Juan, después de haber gustado las primeras delicias de la contemplación, se halló privado de toda devoción, sensible; cuya sequedad espiritual fue seguida de una turbación interior de ánimo, de escrúpulos, de desabrimientos en el ejercicio espiritual, que, por más

que hacía, no podía vencer ni desechar. Admirablemente describe lo que un alma pasa en este estado, en su libro titulado *Noche obscura*.

Esparciase la fama de los descalzos por aquella tierra, y de todas partes acudían muchos á pedir el hábito. Fundáronse luego las casas de Pastrana, de Salamanca y otras, con lo cual fue extendiéndose la santa reforma. Y, viendo Santa Teresa los copiosos frutos que hacía el siervo de Dios en las casas de sus religiosos, quiso fuese también el director de sus hijas; lo que ejecutó con tanto fruto, que asegura Santa Teresa que, en menos de un mes, las más obstinadas en no querer reformarse fueron las que más solicitaron y procuraron la reforma.

Hubiera sido difícil hacer menos progresos en la vida espiritual bajo un doctor tan santo y tan hábil. Tenía un don particular para discernir los espíritus y hacer evitar los lazos del demonio, para descubrir las ilusiones del corazón y del entendimiento; quizá no hubo jamás Padre espiritual que supiese mejor el arte de vencer todas las tentaciones y de curar todas las enfermedades del alma.

Así el demonio hizo cuanto pudo por vengarse de un enemigo que le quitaba todos los días tantos despojos, y, no pudiendo ganar nada con las más violentas tentaciones, se sirvió de la insolencia de una doncella y de una viuda joven para amancillar su pureza; mas esta astucia sólo sirvió para más acrisolarle y hacer gloriosa en sus victorias la gracia de nuestro Señor. A una de las mayores tribulaciones que padeció el siervo de Dios dieron ocasión sus propios hermanos y sus propios hijos; esto es, los antiguos religiosos que había dejado, y los que había formado según el instituto de la estrecha observancia. Los primeros miraron su reforma como una

rebelión contra los superiores regulares de la Orden, y su retiro como una criminal deserción. Acrecentáronse mucho más los disgustos, y hasta las persecuciones, cuando los descalzos congregados en Almodóvar á 8 de Agosto de 1576 pidieron al Papa prelado de su misma profesión, descalzo, que los gobernase conforme á lo mandado por el Concilio de Trento. De resultas de este y otros sucesos, condenaron á San Juan por fugitivo y apóstata. Tomada esta resolución, enviaron ministros que, quebrantando las puertas, prendiesen á nuestro Santo y le condujesen á la cárcel del convento. Súpose después que al siervo de Dios le habían llevado al convento de Toledo, recelosos sus perseguidores de la veneración que todo el pueblo de Ávila profesaba á su persona.

Con el auxilio divino salió una noche de la cárcel del convento de Toledo sin ser sentido, y refugióse al convento de las carmelitas descalzas. En la junta que luego tuvieron los descalzos de Almodóvar le eligieron prelado del Calvario. Estaba este convento á dos leguas de Veas, en una punta de Sierra Morena, no lejos de la de Segura, casa muy solitaria y devota. Vivían aquellos religiosos con gran perfección; el siervo de Dios iba delante de todos en todo.

En esta soledad fue consultado de muchas gentes que trataban de mejorar de vida y de adelantar en la perfección evangélica. Aquí comenzó á escribir sus *Tratados místicos*, justamente estimados de quien sabe apreciar el orden del amor. Del Calvario partió á fundar el colegio de Baeza, de donde salieron varones de esclarecida piedad, frutos del Cielo con que el siervo de Dios dejó en él establecida la reforma. Después del Capítulo que se celebró en Alcalá á principios de Marzo del año 1581, fue electo prior del convento de Granada. Mostróse siempre en su gobierno regular y suave, sin

demasiado cuidado de lo temporal; lo espiritual se llevaba casi toda su atención.

Cuando la provincia de la reforma se dividió en cuatro distritos, que fue en el Capítulo comenzado en Lisboa y acabado en Pastrana por los años 1585, fue electo nuestro Santo visitador del distrito de Andalucía. Mostró en este oficio gran celo por la observancia regular, acompañado de prudencia. Después tuvo otras prelacias y oficios de la Orden, y á él se debió la fundación del colegio de Segovia.

En el último tercio de su vida fue probado con nuevos trabajos. Permitió Dios, para mayor gloria de su siervo, que algunos superiores de la misma reforma le persiguiesen y acriminasen de delitos que no cometió, ni siquiera le pasaron por la cabeza; le excluyeron de toda prelacia, le desterraron al desierto de Peñuela, en las montañas de Sierra Morena, y aun resolvieron enviarle á Indias.

Probada su fidelidad, le envió Dios una enfermedad larga y penosa. Conociendo el provincial que el aire del desierto de Peñuela le era contrario, ordenó fuese transportado á otro convento; y, habiéndole dejado á él la elección, como él deseaba padecer, prefirió el de Ubeda, porque tenía por prior al P. Fr. Francisco Crisóstomo, otro de los que hicieron sus informaciones contra él con más perfidia; aquí encontró la cruz que buscaba. Todo su cuerpo se cubrió de úlceras, teniendo cuatro ó cinco apostemas formadas por dentro en forma de cruz. No se puede imaginar sin estremecerse lo que este hombre de cruz sufrió en el discurso de su enfermedad; á la multitud y rigor de sus males, que hicieron de él un varón de dolores, excedía su admirable paciencia; nada fue capaz de alterar su tranquilidad, su gozo y su constancia. Al dolor del cuerpo se añadía la

dureza del prior. Sus visitas eran de juez, sus palabras de apasionado, y sus obras tan extremadas que, echando la llave á su rigor, y el Santo á su sufrimiento, porque supo que los religiosos censuraban su conducta, mandó que ninguno entrase en la celda del enfermo. No pudo tan ejemplar paciencia y santidad estar oculta más tiempo: publicáronla los cirujanos y religiosos, con que se movieron muchas personas devotas á acudir al siervo de Dios. Avisado el padre provincial de cuanto pasaba, vino á toda prisa, é informado del estado de la enfermedad y sequedades del prior, después de haber reprendido á éste ásperamente por su falta de caridad, dijo: «Abran, Padres, esas puertas, para que no sólo los religiosos, sino los seglares entren á ver este espectáculo de santidad y queden admirados con su admirable paciencia». Trueno y rayo fueron estas palabras del Cielo y caridad del venerable provincial, que juntamente atemorizaron y alumbraron al prior, el cual comenzó á venerar al que antes perseguía; y postrado á sus pies, no sólo le pidió muchas veces perdón, sino que le pidió sus instrucciones para el gobierno de su comunidad, y en adelante predicó sus alabanzas. Pero, como el santo hombre no quería bajar de la cruz, cumpliéndole Dios sus deseos, mezcló este corto gozo de penas, las que no acabaron sino con su vida. Este hábil maestro de la vida espiritual las toleró con resignación; la vista de Jesucristo crucificado era todo su consuelo. Finalmente, después de haber recibido los últimos sacramentos con gran fervor, lleno de confianza en su Salvador, en la protección de la santísima Virgen, pronunciando los santos nombres de Jesús y María, dio tranquilamente su último aliento besando la cruz. Esta muerte preciosa sucedió en Ubeda á 14 de Diciembre del año 1591, á los cuarenta y nueve de su edad y veintiocho de religioso; los veintitrés últimos empleó en la reforma de los descalzos, de la cual fue padre y maestro.

Dios no difirió un momento el manifestar la gloria inmensa de su siervo. Apenas expiró, se vio un globo luminoso alrededor de su cabeza, que deslumhró á todos los asistentes. El suave olor que se derramó al instante, no sólo en el cuarto, sino por todo el convento, no fue la menor de aquel número de maravillas que manifestaron la infinita felicidad que gozaba en el Cielo, y valimiento que tenía con Dios en la Gloria. Su cuerpo fue enterrado con mucha pompa en Ubeda, y se encontró entero y sin alguna corrupción al cabo de un año, cuando se abrió su sepulcro. Habiendo sido trasladado secretamente este tesoro á Segovia, el Papa Clemente VIII, en breve dado á 15 de Diciembre de 1596, á instancia de la ciudad de Ubeda, le mandó restituir á su primer sepulcro. Por evitar el desabrimiento que por esta causa podía originarse entre Ubeda y Segovia, dispusieron los prelados de la Orden, con acuerdo de entrambas ciudades, que además de la pierna que quedó en Ubeda cuando se hizo la traslación, se les diese otra pierna y un brazo. El otro brazo se lo cortaron en Madrid cuando le traían de Ubeda, y está ahora (ó estaba antes de los últimos sucesos políticos) en el convento de monjas de Medina del Campo. Tenemos de este sabio maestro de la vida espiritual algunas excelentes obras místicas, compuestas en español y traducidas en muchas lenguas, como la *Subida al monte Carmelo*, la *Noche obscura del alma*, la *Viva llama del amor*, y el *Cántico del divino amor*, en el cual este Santo contemplativo hace su retrato y muestra su verdadero carácter. Hizo el siervo de Dios grandes milagros en vida y después de muerto. El Papa Clemente X le beatificó el 6 de Octubre del año de 1674 con mucha solemnidad y general aplauso de todos los pueblos; la santidad de Benedicto Pp. XIII le canonizó á 27 de Diciembre del año de 1726; y á 22 de Marzo de 1732, el Papa Clemente XI concedió para su religión rezo y Misa, todo propio del Santo, con rito de primera clase y con octava; trasladando ó anticipando el día de su fiesta, y

mandando que de allí en adelante se celebrase el día 24 de Noviembre, así como antes se celebraba á los 14 de Diciembre, día en que murió; lo cual se hizo para que se pudiese rezar con octava; porque desde el día 17 de Diciembre hasta el día de Navidad, según las rúbricas del Breviario Romano, deben cesar todas las octavas.

STAS. FLORA Y MARÍA, VÍRGENES Y MÁRTIRES

En el reinado de Abderramen II floreció en Córdoba una ilustre doncella llamada Flora, hija de un moro, natural de Sevilla; su madre era cristiana, noble y piadosa, natural de Ausinianos, pueblo á dos leguas al Poniente de Córdoba, del cual quedan vestigios en el cortijo que hoy llaman *Villa Rubia*. Era Flora la menor de toda su familia, hermosa, de lindo ingenio y prudencia. La envenenó su padre en los primeros años con la ponzoña de su maldita ley [del falso profeta Mahoma]; la madre resarcó luego este daño, instruyéndola en la verdadera religión. Muerto el padre, pudo hacer este oficio con más descanso y mayor fruto. Criábala bien, al revés de como ahora muchas, poniéndole acíbar en las aficiones del suelo, y haciéndole el paladar á las cosas del Cielo. Guiábala en todo la mano del Señor por la senda de la perfección evangélica. Servíale, empero, de estorbo en este camino un hermano suyo, muy hijo de su padre en la secta [herética de Mahoma]. Quería él que también ella lo fuese; seguía los pasos; le andaba á los alcances siempre por saber de su vida; ni le era posible visitar las iglesias como los otros cristianos, ni en su rincón tenía oportunidad para recogerse. Miró á Dios, y, doliéndose de verse en público reputada por enemiga de la religión verdadera, sin dar cuenta á su madre determinó retirarse en casa de otros cristianos, donde con más libertad pudiese gozar del socorro de la palabra de Dios y de los sacramentos de la Iglesia. La acompañó en esta resolución una hermana suya llamada Baldegoto,

también cristiana. Tomó esto el hermano con gran despecho; desde luego comenzó á perseguir á la iglesia de Córdoba; hizo encarcelar algunos sacerdotes; molestaba y causaba extorsiones á los monasterios donde recelaba que Flora se hubiese recogido. Dolíanse las hermanas de los graves daños que por su causa, padecían aquellos fieles. Al cabo Flora resolvió aventurar su vida por el sosiego y libertad de todos.

Volvió á su casa y, presentándose á su hermano con ánimo celestial, le dijo: *Ves aquí á quien buscas: cristiana soy, amo la cruz y á los que siguen la religión católica.* Mira si puedes vencer esta confesión; cuantos tormentos puedes imaginar no harán más que acrisolar mi constancia. Grandemente se irritó el hermano con estas palabras; disimuló por entonces; intentaba disuadirla de su confesión con promesas y halagos; luego la amenazó; al cabo se desengañó de que éste era para él negocio desesperado. Llevóla al juez y la acusó de haber renegado de su ley. Preguntóla el juez si esto era así. Dijo ella: *Nunca he conocido á Mahoma [falso profeta]; sólo á Jesucristo conozco desde mi niñez; en su Ley he sido educada; á El sólo adoro por Dios; le tengo dado mi corazón como á Esposo mío, consagrándome á El en perpetua virginidad.* Enfurecido el juez con esta respuesta, mandó á dos sayones que á golpes le hiriesen la cabeza; ejecutóse esta sentencia con tal crueldad, que llegó á descubrirsele el casco desnudo entre los cabellos. San Eulogio dice que reconoció por sí mismo estas heridas, que la santa virgen se las mostró. En medio de esta fiereza perseveraba Flora confesando á Jesucristo. Medio muerta la entregó á su hermano para que la hiciese curar, y, habiéndola instruido en su ley, la volviese á su presencia si no se determinaba á seguirla.

Restablecida Flora de sus heridas, tuvo medio para huir de su casa una noche, descolgándose por la pared

del corral. Escondióse en la de un cristiano; y al cabo de algunos días, en compañía de su hermana, se fue á un lugar llamado Ossaria, junto á Tucci, que se cree es la villa que hoy llaman Torrejimenó, en el reino de Jaén, á una legua de Martos. Allí permaneció algunos años, hasta el tiempo de su martirio.

En esta corona fue acompañada de otra doncella llamada María, hermana del santo mártir Walabonso, de quien hablamos en su propio lugar. Era María religiosa del monasterio de Nuestra Señora de Cüteclara, donde era abadesa la esclarecida Artemia, madre de los santos mártires Adulfo y Juan. Walabonso, después que fue coronado con el martirio, se apareció á una religiosa de aquel monasterio, y le dijo que amonestase á su hermana no llorase más su ausencia, que presto se verían juntos en la gloria de que él gozaba. Con esta buena nueva se trocó en gozo la tristeza de María, y la que poco antes lloraba la muerte de su hermano, ahora no podía sufrir las ansias de padecerla.

Salióse, pues, del monasterio con ánimo de presentarse al juez, al tiempo que Flora, movida también por el Señor, deseando poner fin á su gloriosa pelea, había dado la vuelta de Ossaria á Córdoba. Encontráronse en la iglesia de San Acisclo, y se saludaron; preguntábanse una á otra á qué habían ido á aquel lugar; bien pronto descubrieron su vocación; uniéronse de nuevo con más estrecho lazo de caridad, é impelidas del fervor del espíritu, se encaminaron á casa del juez. Díjole Flora: *Yo soy aquella á quien mandaste castigar por haber profesado la fe de Cristo siendo hija de padre moro, para ver si renegaría. Hasta aquí, como flaca, he andado escondida y huyendo; ahora, esforzada con la gracia de Dios, no tengo miedo de presentarme á ti, confesando, como antes, la divinidad de Jesucristo.—* Y yo, prosiguió María, *soy hermana de uno de aquellos*

varones á quien poco ha quitaste la vida por la misma causa, y, con el mismo celo y firmeza que él y sus compañeros, confieso lo que ellos confesaron. El juez, bramando de coraje, las mandó llevar á la cárcel; amenazólas con la muerte, y con ofensa y ultraje de su honestidad. Cuando ellas entraron en la cárcel, estaba preso y salió al mismo tiempo de los calabozos el bendito Padre San Eulogio. Dióles grande ánimo, las consoló, las instruyó en la obligación que tenían de llevar adelante su buen propósito; deshizo las tramas que para perderlas iba urdiendo el demonio, por medio de la malicia de unos y de la falsa lástima de otros. A las palabras añadió un tratado que allí mismo escribió para fortalecerlas, con el título de *Aviso ó documento de los mártires*. Ardían las santas vírgenes en el fuego del buen amor. Parecieron varias veces ante el juez; nunca las pudieron arrancar de su propósito. Solicitaba más la perversión de Flora su desgraciado hermano; pidió el juez que aparte la volviese á examinar, y procurase acabar con importunaciones lo que no pudo con amenazas. Túvose esta audiencia secreta diez días antes de su martirio. Luego que volvió á la cárcel, San Eulogio, que como padre miraba por la verdadera prosperidad de aquellos fieles, acudió á saber qué le habían dicho y qué había ella respondido, replicando Flora: *Padre, estando ya delante del juez, me preguntó si conocía á mi hermano, que estaba también allí. Respondí yo que sí, y que era hermano mío carnal.* Replicó el juez: *Pues ¿cómo siendo él moro, y celoso de nuestra ley [del falso profeta Mahoma], eres tú cristiana?* A esto dije yo: *Que cuando niña, antes de llegar á los ocho años, estuve también imbuida en su error; mas después, alumbrada de nuestro Señor, escogí abrazar la fe de Cristo, determinada á perseverar en ella hasta la muerte.* Díjome el juez: *Y ahora, ¿cómo piensas acerca de esto?* Dije yo: *Como hasta aquí llevo declarado; y aun si me estrechares más acerca de vuestro profeta [falso profeta Mahoma], diré*

de él otras cosas mayores. Enfurecido entonces el juez, con semblante airado y palabras descompuestas, mandó que me volviese á la cárcel. Esto contó Flora á San Eulogio. El santo presbítero la esforzó con la esperanza de la corona, y encomendándose á sus oraciones se retiró á su prisión, saludando con reverencia á la santa virgen. Entre tanto, el juez había pronunciado sentencia de muerte contra ella y su dichosa compañera. Sacáronlas luego al campo santo donde habían de ser degolladas. Armáronse las dos con la señal de la cruz; luego ofrecieron el cuello al alfanje; Flora padeció primero. Fue este glorioso triunfo á las tres de la tarde, martes día 21 de Noviembre del año 851. Los sagrados cadáveres quedaron allí todo aquel día; al siguiente fueron arrojados en el Guadalquivir. Los cristianos hallaron las dos cabezas y el solo cuerpo de Santa María. Las cabezas fueron depositadas en la iglesia de San Acisclo, de donde las trasladaron con otras reliquias á la parroquia de San Pedro. El cuerpo de Santa María fue depositado en el monasterio de Culurara, de donde es creíble la trasladarían á otra parte cuando los monjes abandonaron aquella casa.

Luego que en la cárcel se supo el fin dichoso de las santas vírgenes , todos los cristianos que se hallaban presos, puestos en oración, dieron muchas gracias y alabanzas á nuestro Señor, y cantaron vísperas y maitines, celebrando la memoria de las santas mártires, en cuya honra celebraron la Misa al día siguiente. Habían ellas ofrecido á otras siervas de Dios que allí estaban presas que, en viéndose en la presencia del Señor, le habían de pedir sacase de la cárcel á San Eulogio y á todos los que por la fe padecían. A los cinco días se vio el cumplimiento de su promesa, saliendo libres de allí todos los cristianos.

San Eulogio escribió luego este alegre suceso á su

buen amigo Pablo Alvaro, y á Baldegoto, hermana de Santa Flora, envió el cingulo que traía puesto en la cárcel, exhortándole á que correspondiese con sus obras á la fe, si quería tener parte en el galardón prometido á las vírgenes. Flora y María se aparecieron luego á Santa Sabigoto, asegurándole que padecería como ellas por el nombre de Cristo, de lo cual hablamos en su propio lugar. El martirio de estas santas vírgenes fue muy celebrado en España. De ellas hacen memoria los Martirologios de Abdón, de Usuardo, de Mauroleio, del obispo Equílino, y el Romano.

La Epístola es del cap. 10 de la Sabiduría.

El Señor ha conducido al justo por caminos rectos, y le mostró el Reino de Dios. Dióle la ciencia de los santos, enriquecióle en sus trabajos, y se los colmó de frutos. Asistióle contra los que le sorprendían con engaños, y le hizo rico. Le libró de los enemigos, y le defendió de los seductores, y le empeñó en un duro combate para que saliese vencedor y conociese que la sabiduría es más poderosa que todo. Esta no desamparó al justo cuando fue vendido; sino le libró de los pecadores, y bajó con él á la cisterna, y no le desamparó en la prisión hasta que le puso en las manos el cetro real, y le dio poder sobre los que le oprimían; convenció de mentirosos á los que le deshonraron, y le dio una gloria eterna el Señor nuestro Dios.

REFLEXIONES

Comunicóle la ciencia de los santos. La ciencia de los santos es la salvación. ¿Cuál de ellos dejó de poseer esta divina ciencia? Pero á todos la comunica Dios libremente. ¿Quién ignora lo que es necesario saber para salvarse? Observancia exacta de los Mandamientos, pureza de costumbres, inocencia de vida, humildad sin

artificio, mortificación continua, rectitud sincera, intención recta, ajena de toda doblez, de todo engaño. Esta es la ciencia de la salvación: no hay entendimiento tan limitado, tan rudo, tan ignorante que no pueda sobresalir en esta divina ciencia. Luego que nos hacemos cristianos, nos profesamos discípulos y estudiantes en la escuela de Jesucristo. Las luces de la fe alumbran á toda alma dócil; y sólo nos hacen ignorantes las tinieblas del pecado. *Gracias te doy, Padre mío, Señor del Cielo y de la Tierra* (decía el Salvador), *porque escondiste estas cosas á los doctos, á los sabios del mundo, y se las revelaste á los más pequeñuelos y á los más idiotas.* ¡Cosa rara! Se hace alarde en el mundo de ser hombres de ingenio, de sobresalir en las ciencias y en las artes, de ser tenidos por hábiles. ¿Qué no cuesta el hacerse un hombre sabio? Se estudia, se vela, se lee, se medita, se viaja, se hacen grandes gastos por adquirir noticias ó luces. ¿Y qué fruto se saca de tantos trabajos? Ciencias del mundo, ciencias humanas, enemigas de nuestro reposo, tiranas del entendimiento, mucho cuesta el adquiriros; pero sin la ciencia de la salvación, sin la ciencia de los santos, ¿de qué provecho seréis todas vosotras al hombre? Vosotras fomentáis el orgullo, lisonjeáis la ambición, acortáis los días de la vida, y al cabo ¿de qué servís en orden á la eternidad? ¿De qué les sirve hoy á aquellos grandes genios de la antigüedad haber llenado el mundo con el eco de su reputación, y haber merecido que sus nombres se eternicen en la historia? ¡Oh, qué ignorante es un sabio si no sabe la ciencia de los santos! ¡Qué tontos son esos presumidos ingenios, y qué pequeños esos hombres grandes si tienen la desgracia de condenarse! Que ignoremos en buen hora todas las demás ciencias, con tal que sepamos la ciencia de los santos. *Ningún aprecio hago con vosotros* (decía el apóstol San Pablo á los corintios), *ningún aprecio hago con vosotros de saber otra cosa que á Jesucristo, y á Jesucristo crucificado.*

El Evangelio es del cap. 10 de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: No penséis que yo he venido á poner paz sobre la Tierra; no he venido á poner paz, sino guerra. Porque vine á separar el hijo del padre, y la hija de la madre, y la nuera de la suegra; y los enemigos del hombre son sus familiares. El que ama á su padre, ó á su madre más que á Mí, no es digno de Mí: y el que ama al hijo ó á la hija más que á Mí, no es digno de Mí. Y el que no toma su cruz y me sigue, no es digno de Mí. El que cuida de su vida, la perderá; y el que perdiere la vida por Mí, la volverá á encontrar. El que os recibe á vosotros, me recibe á Mí; y quien me recibe á Mí, recibe á Aquel que me envió. El que recibe á un profeta como profeta, recibirá el premio de profeta; y el que recibe á un justo á título de justo, recibirá el galardón de justo. Y cualquiera que diere un solo vaso de agua fresca á uno de estos más pequeñuelos á título de discípulo, os digo de verdad que no perderá su recompensa.

MEDITACIÓN

Que todo se debe abandonar y sacrificar por Dios.

PUNTO PRIMERO.—Considera que, estando todos indispensablemente obligados á amar á Dios con todo nuestro corazón y con todas nuestras fuerzas, esto es, sin excepción y sin reserva, por lo mismo debemos estar prontos á abandonarlo todo y á sacrificarlo todo por obedecerle y por agradarle á El. Esta obligación es consecuencia precisa del primer mandamiento de su santa ley.

Si estamos pegados á las criaturas, es únicamente por vicio del corazón: el amor y la complacencia son los lazos que nos aprisionan; el que tuviere menos lazos, más

libre estará; cuesta poco sacrificar aquello que se ama poco. Pues el que ama á Dios con todo su corazón, si es verdad que le ama con todas sus fuerzas, no le costará mucho sacrificarle las criaturas estando tan poco pegado á ellas.

Ni en los sacrificios, ni en la renuncia de los más apetecidos gustos del mundo, hay otra dificultad ni otro dolor que el de los lazos que es necesario romper. El amor de Dios abrasa, hace cenizas esos lazos sin dolor y sin resistencia. Todo se hace fácil, todo cuesta poco al que ama mucho.

Admiremos la bondad de nuestro Dios; quiere que le ofrezcamos como don gratuito aquello mismo que le debemos de justicia. Quiere que hagamos mérito aun de aquello mismo que es de nuestra obligación; quiere admitir por regalo lo que es deuda; porque, á la verdad, ¿qué cosa le podemos dar ni sacrificar que sea nuestra? Si Dios premia en nosotros alguna cosa, es aquello mismo que nos da. Pues ¡ qué indignidad, Señor, qué injusticia será no restituíros lo que Vos nos concedéis sino á nuestro pesar y con repugnancia!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que no sólo es justicia, sino interés nuestro, dejarlo todo por Dios, ó á lo menos estar en una verdadera disposición de sacrificársele, siempre que nos lo pidiere. Si Dios nos pide algo, es para darnos más: nada le damos, que no nos lo pague cien doblado, y no nos lo pague prontamente.

El que dejare por Mí y por mi Evangelio la casa, los hermanos, las hermanas, el padre, la madre, sus hijos y sus bienes, recibirá en este mundo cien doblado, y después la vida eterna. Porque este *cien doblado* se podía confundir con la eterna bienaventuranza, lo quiso explicar el divino Salvador, y dar á entender que no

dilata hasta allá el premio de aquellos que le sirven con generosidad. Desde luego, en esta misma vida recompensa nuestros cortos sacrificios: ninguna buena obra, por mínima que sea, la deja sin salario. El Cielo se da al fin del día; pero el cien doblado en el discurso de la jornada: y al fin del día no se hace caso, ni entra en cuenta este cien doblado.

Más no se piense que este cien doblado solamente le reciben visiblemente desde luego las personas religiosas que todo lo dejaron por medio de una renuncia efectiva. Recíbenle también aun aquellas mismas personas que se ven precisadas por su estado á retener el uso de los bienes temporales, pero al mismo tiempo se los sacrificasen á Dios por un perfecto desasimiento y una sincera renuncia del corazón. Cuando un corazón está desprendido de todo, Dios, por decirlo así, cuida de todo por él, y su mismo afectuoso desasimiento equivale al sacrificio. A éstos, pues, los promete también Dios la vida eterna al fin de la jornada, y el cien doblado mientras los dura la vida. De aquí nacen aquellas bendiciones espirituales y aun temporales, que derrama Dios en las casas de los buenos; de aquí aquellos inopinados recursos que tanto los alientan; y de aquí aquellas prosperidades no esperadas en las familias que son frutos de la religión y de la piedad de los padres.

¡Dios mío, cuándo podré yo decir con el Apóstol!: Veis aquí, Señor, que todo lo he dejado por Vos. ¿Cuándo me aprovecharé del grande ejemplo que en esto me dan los santos? ¿Espero por ventura á que la muerte me despoje de todo para deciros que os quiero seguir? No, divino Salvador mío; entonces serían muy inútiles el dolor y el arrepentimiento. No quiero tener pegado mi corazón á cosa alguna criada; todo lo quiero dejar para seguiros, sin aguardar á que venga la muerte á romper los lazos, mal que le pese á mi voluntad.

JACULATORIAS

¿Qué tengo yo en el Cielo ni en la Tierra fuera de Ti, Dios y Señor mío?—*Ps. 72.*

¿A quién otro acudiremos, Señor? Tus palabras son palabras de vida eterna.—*Joan., 6.*

PROPÓSITOS

1. Jesucristo dio su vida por ti: ¿qué sacrificio has hecho tú por El? ¡Extraña cosa! Nada tenemos que no lo hayamos recibido de Dios; bienes, honras, entendimiento, salud, vida; todas las criaturas nos están predicando sus dones; todo aquello que aspira á nuestro deseo, lo esperamos únicamente de su pura liberalidad, de su bondad infinita; y, con todo eso, ¡cuánto negamos á Dios! ¿Se observan con mucha puntualidad, con mucho respeto todos sus mandamientos? ¿Se obedece en todo su santísima voluntad? ¿Y son todos los religiosos los que observan con la mayor exactitud todas sus reglas? Ves aquí bastante materia para confundirte y para sobresaltarte. Manifiéstasenos bastantemente la voluntad de Dios por la Iglesia, por nuestros superiores, por nuestros directores, por nuestras reglas; considera si la ejecutas con fidelidad; no niegues á Dios cosa alguna. Mucho tiempo ha que esa mortificación, ese resentimiento, ese sacrificio son el objeto de tus resoluciones: ¡cuándo se reducirán á práctica con el ejercicio! No se pase este día sin poner en ejecución lo que tanto tiempo ha tienes inútilmente prometido.

2. Pocos días hay, y en estos días hay muy pocas horas, en que no se ofrezca ocasión de hacer á Dios algún pequeño sacrificio; un buen dicho, una vista curiosa, un mínimo vencimiento pueden servir muchas veces para adquirir un gran mérito. No se pase día

alguno de la vida sin que hagas á Dios alguno de estos sacrificios; determina cuál ha de ser la privación de la mañana. Unas veces podrá ser abstenerte de tal plato, de tal fruta á que te lleva la inclinación; otras privarte de tal vestido, de tal traje, de tal gala que te gusta; otras podrás sacrificar á Dios una visita, una diversión, un pasatiempo que te agrada; otras, por el contrario, te vencerás por su amor, y harás una visita de atención y de amistad á uña persona que te ha ofendido, que no es de tu genio, á quien miras ya con frialdad ó con tibieza.